

FRANCIS H. PARKER y HENRY B. VEATCH: *Logic as a Human Instrument* (Harper & Bros., Nueva York, 1959, 422 págs.).

Aunque publicado en 1959 este libro, que presenta en forma global la lógica *intencional*, tradicional, todavía es apenas conocido entre nosotros. Sus autores, profesores de la Universidad de Indiana, son dos de las figuras más competentes en el campo de la lógica en los Estados Unidos. Exponen con profundidad, admirable claridad y precisión doctrinal una materia difícil. La obra es excepcional en el sentido de que es un manual de lógica con un contenido filosófico real y no una mera serie de tecnicismos lógicos. Discriminando más a fondo, aquellos que exageran el legítimo interés de mantener las ciencias en la pura línea de su objeto formal, argüirán que ciertos temas, como la distinción entre sustancia y accidente y el problema de los universales, pertenecen propiamente a la Ontología y a la Crítica y no debieron incluirse en un tratado que tiene por objeto las segundas visualizaciones del espíritu. Pero la inclinación de esos temas y otros análogos que, desde determinados puntos de vista, pueden con toda propiedad ser objeto de la lógica, es precisamente lo que hace de este libro un libro diferente, en el sentido de que acaba con el divorcio entre la lógica y la filosofía que, para menoscabo de la primera, establecen tantos manuales contemporáneos. Los que buscan una profundización seria en los fundamentos teóricos de la lógica la hallarán en este libro.

José M. Lázaro.

CASSIRER, E.: *Las ciencias de la cultura*. México-Buenos Aires, F. C. E., 2.^a ed. (1955), 192 págs.

Más preciso y sugerente que su traducción española, el título original de la obra de Cassirer, *Zur Logik der Kulturwissenschaften* (Sobre la lógica de las ciencias de la cultura), nos re-

vela el propósito originario del autor: la comprensión de dichas ciencias culturales a través de su estructura lógica. El análisis de los «conceptos culturales» conduce por una parte a establecer la autonomía de las ciencias de la cultura respecto de las demás; pero, a la vez, a postular una cierta afinidad con ellas incluida en la *Philosophie der Symbolischen Formen*, propia del autor.

La investigación de los conceptos fundamentales de la ciencia del lenguaje—por ejemplo—, de la religión, del arte, etc., tropieza con la dificultad de su integración dentro del campo de la lógica. Mientras que poseemos una lógica de la matemática, de la biología y de la historia, los conceptos culturales no han encontrado todavía «asiento natural» en el sistema de la lógica.

De ahí que a veces se haya querido reducirlos al campo de la ciencia natural, al de la historia o al de la psicología, debido a que el «objeto cultural» se manifiesta como un objeto material, un monumento histórico y una expresión anímica de su creador, y, por tanto, que se puede describir a través de conceptos fundamentales que serían físicos, históricos y psicológicos.

A través de teorías como las de G. Humboldt, C. Meinhof, C. Bühler, G. Révész, y particularmente de la obra de E. Wölfflin *Conceptos fundamentales de la historia del arte*, subraya Cassirer que los conceptos culturales de forma y estilo no son «nomotéticos», ya que no pretenden establecer leyes generales de las que puedan deducirse los fenómenos estudiados; tampoco son «idiográficos», puesto que no tratan de destacar ningún acaecer histórico singular circunscrito a una determinada época; ni «axiológicos», pues muestran el «ser» puro, nunca el «deber-ser»; ni, finalmente, «psicológicos», porque por interesantes que sean las psicologías del lenguaje, del arte, religión, etc., nunca podrán sustituir ni desplazar a las teorías correspondientes a dichas formas culturales.

Lo peculiar de los conceptos culturales consiste en ser «conceptos de sentido», que subsumen lo particular en lo general de un modo característico.

Así, por ejemplo, cuando decimos que personajes tan diferentes como Leonardo da Vinci, Maquiavelo, Miguel Angel y César Borgia son «hombres del Renacimiento», lo que pretendemos afirmar es que cada uno de ellos contribuye a su modo a formar el «espíritu»—cooperando a una tarea común—del Renacimiento. De este modo, dichos conceptos caracterizan, pero no

determinan: no puede derivarse de ellos lo particular que encuadran.

Establecida la autonomía de los conceptos culturales y a través de ellos la de las ciencias de la cultura, queda pendiente la relación de dichas ciencias con el resto del saber humano, en particular con las ciencias de la naturaleza, desde el punto de vista lógico.

Después del progresivo auge de las ciencias naturales a partir del Renacimiento, en el que el concepto de «causa» se contrapone netamente al de «forma», intentando absorberlo, la crisis de la ciencia y su transformación metodológica llevan a la restauración del concepto de «forma» aristotélico desligado de su dimensión finalista, pero conservando su noción originaria de «totalidad». La teoría del campo de Maxwell, en la Física; la idea de «entelechia» de Driesch, en la Biología, y el concepto de estructura en la «Gestalt-Psychologie», son pruebas de ello.

El reconocimiento del concepto de totalidad y del de estructura no han venido a borrar o eliminar la diferencia entre la ciencia de la cultura y la ciencia de la naturaleza. Pero sí ha derribado una barrera de separación que hasta ahora existía entre estas dos clases de ciencia. Los análisis formales y los análisis causales aparecen, a partir de ahora, como corrientes no contradictorias, sino complementarias, y que necesariamente deben combinarse entre sí, en todas las ramas del saber.

Para terminar, Cassirer alude a «la tragedia de la cultura», haciéndose eco de la obra de G. Simmel, *El concepto y tragedia de la cultura*, consistente en su «petrificación». Los progresos de la cultura van depositando en el regazo de la humanidad nuevos y nuevos dones; pero el individuo se ve excluido de su disfrute en medida cada vez mayor. Por otra parte, el proceso vital y creador del alma al convertirse en producto se cristaliza y anquilosa. Sin embargo, el mundo cultural para nuestro autor, en lugar de ser muralla que se opone al alma, o red en que ésta se halla presa, es precisamente el ámbito en que se constituyen las dos esferas, el mundo del «yo» y el del «tú», ya que en las formas culturales y a través de ellas el hombre adquiere conciencia de sí y se autorrealiza.

Participando en el mundo común del lenguaje, del arte y de la religión, los humanos no sólo se entienden entre sí, sino que además se entienden a sí mismos. Por esta razón la obra cultural sigue siendo un medio de comunicación, en la que perviven la

voluntad creadora y la fuerza espiritual de que emanó, y en la que cabe un contacto vital —un diálogo— que puede inspirar nuevas y nuevas creaciones.

José Soriano.

FERRATER MORA, J.: *La filosofía en el mundo de hoy*. Madrid, «Revista de Occidente» (1963), 2.^a ed., 214 págs.

La actualidad de la filosofía se puede referir a dos vertientes principales. Por una parte, cabe catalogar las innumerables tendencias filosóficas, predominantes hoy día, y su agrupación en bloques regionales. Por otra parte, es interesante plantearse el papel que puede desempeñar la filosofía en nuestra sociedad y lo que puede decir acerca de tres de las mayores manifestaciones espirituales humanas: la religión, el arte y la ciencia.

A desarrollar estas dos cuestiones dedica Ferrater esta obra, en la que se destaca la ingente erudición del autor y sus dotes de finura espiritual, y comprensión de problemas, metodología y situaciones del mundo contemporáneo.

La mitad del libro está dedicada a una visión panorámica de las múltiples orientaciones filosóficas. Frente a una abrumadora diversidad de «filosofías», Ferrater Mora se plantea serenamente la cuestión del «ser» de «la» filosofía. Nuestro autor presenta la filosofía como un punto de vista peculiar acerca de las cuestiones científicas, artísticas y religiosas—en general, «humanas».

Así como la multiplicidad de «ismos» es compatible con cierta convergencia unificadora de la filosofía, igualmente la distribución geográfica de ésta en tres bloques, antagónicos en buena parte, que forman los «rusos», los «europeos» y los «anglosajones» (dedicados respectivamente a los problemas de la sociedad, de la metafísica y de la naturaleza, si cabe hablar de un modo esquemático), no obsta para que se vean en la actualidad señales de contacto, proximidad y, por tanto, de cierta unificación y compatibilidad entre ellos. La segunda preocupación de Ferrater Mora es perfilar el papel de la filosofía en una sociedad como la nuestra, caracterizada por la unificación, masificación y tecnificación.

Estudia las posibilidades y dificultades para establecer una filosofía de la religión, del arte y de la ciencia, deteniéndose en ésta particularmente. Sin soslayar los problemas inscritos en esta reflexión propia de la filosofía, Ferrater nos ofrece una actitud

serena, abierta, crítica y con una voluntad de rigor y precisión siempre alerta.

La lectura de esta obra, valiosa por su contenido y la valentía con que aborda los problemas, despierta sin duda el interés por la filosofía y por las fronteras del pensamiento en que forcejea el mundo de hoy.

José Soriano.

JOSÉ LUIS ABELLÁN: *Miguel de Unamuno a la luz de la Psicología*. Madrid, Editorial Tecnos (1964), 243 págs.

En el centenario del nacimiento de Miguel de Unamuno, que se conmemora este año, aparece, en torno a su figura ejemplar, la obra del Dr. Abellán. La fecha tiene valor histórico, y el libro también. Se trata de la primera interpretación universitaria de la generación vigente de intelectuales españoles sobre figuras que constituyeron la generación del 98. El juicio de esta obra —tesis doctoral— es, además de investigación científica valiosísima, testimonio generacional. De ahí su doble valor. Al hablarnos del pasado, a través de la personalidad —toro ibérico— de D. Miguel, nos presenta la voz de un presente, la voz de la juventud de hoy, llena de sano realismo, positividez, insobornabilidad y curada de idealismos hueros y retoricismos políticos. Nunca hasta la fecha se había acercado un intelectual con amor y honradez tan originales, como lo hace el Dr. Abellán, a una figura controversial como la de Unamuno. Ha sido D. Miguel objeto de nostalgia, de ideologías, de partidismos, de Inquisición y de culto. Pero nadie ha ido en busca de la verdad de Unamuno. Sobre todo ha sido un enfoque enteramente moderno y personal el aplicar la Psicología profunda de Adler y Künkel a una figura por otra parte idónea para un estudio tal.

El libro está dividido netamente en dos secciones: una expositiva y otra interpretativa. En la primera se presenta una apretada y vigorosa biografía del «caballero de la fe loca». Estas páginas se leen con el interés de una novela. Al terminar esta parte, el lector tiene la impresión de que posee un repertorio de conocimientos valiosísimos para juzgar a D. Miguel. La biografía se completa con datos del mundo intelectual de nuestro personaje, para terminar con unas páginas que son esenciales: los rasgos psicológicos de Unamuno.

La sección interpretativa nos ofrece dos planos o perspectivas, la psicológica y la religiosa. El Dr. Abellán nos presenta

la interpretación psicológica de D. Miguel. El estudio que hace de la neurosis unamuniana es audaz, pero siempre documentado, científico, desapasionado, sorprendente. Su interpretación religiosa basada en el mito de la Madre es fecundo en perspectivas que se nos abren para iluminar y aclarar y solucionar muchos problemas que habían quedado oscurecidos y tal vez confundidos anteriormente.

Las personas que estén interesadas por esta figura compleja, paradójica, pero profundamente humana que fue Miguel de Unamuno encontrarán en este libro datos valiosos, originales, profundos. Y sobre todo una interpretación «pro-puesta» por la juventud intelectual de hoy sobre el mundo de ayer.

Por otra parte, el libro tiene el valor científico, la seriedad, la madurez propia de una tesis doctoral. Y también un amor desapasionado, pero profundo, lleno de calor y vigor, hacia la persona de Unamuno, que hacen su lectura interesante y dejan una huella, una impresión honda en nuestro ánimo.

José Soriano.